

imprudentemente aún como ministro», y afirmó que se consideraba obligado á aceptar la denegación de Sheil; pero no pudo convencer á sus oyentes de que estimase en más al respetable miembro después de esa conducta. Sheil agradeció las dos defensas con efusión proporcionada á su valer respectivo; y así terminó un asunto que, ya que no para otra cosa, sirvió para demostrar de nuevo aquella profunda sinceridad de lord Althorp, por la cual le hubiera seguido su partido hasta la muerte (1).

Gravesend, 15 de Febrero de 1834.

Querido lord Lansdowne: Yo esperaba haber podido estrecharle otra vez la mano antes de marchar; pero ese deplorable asunto de la Cámara de los Comunes me ha impedido ver á usted. Perdí un día entero mientras la comisión decidía si debía obligárase ó no á repetir todas las tonterías y miserias que oí á Sheil en Brook.

No puedo salir de Inglaterra sin enviar á usted unas líneas, y eso que son innecesarias. Innecesario es que le diga con qué sentimiento me acordaré siempre de nuestras relaciones y con qué interés recibiré siempre noticias de usted y de su familia.

Suyo muy sinceramente,

T. B. MACAULAY.

(1) En el *Diario* de Macaulay se lee con fecha 3 de Junio de 1851: «Fuí á almorzar con el obispo de Oxford, y allí supe que Sheil había muerto. ¡Pobre hombre! Hablamos de Sheil, y conté mi aventura de Febrero de 1834. ¡Cosa rara que fuese tan poco conocida, ó que se hubiese olvidado tan completamente! Todos me dieron la razón, como ciertamente la tuve.»

CAPÍTULO II

1831-1838

La travesía. — Llegada á Madrás. — Orden de reunirse con lord Guillermo Bentinck en los Nilguiris. — Viaje de Macaulay por el interior. — Su criado indígena. — Arcot. — Bangalor. — Seringapatam. — Subida de los Nilguiris. — Primera entrevista con el gobernador general. — Cartas á Mr. Ellis y á las señoritas Macaulays. — Un verano en los Nilguiris. — Cristianos indígenas. — *Clarisa*. — Una tragedia-comedia. — Macaulay abandona los Nilguiris, se dirige á Calcuta y se instala en esta ciudad. — Cartas á Mr. Napier y á Mr. Cropper. — Mr. Trevelyan. — Matrimonio de Ana Macaulay. — Muerte de Mr. Cropper. — Trabajo de Macaulay en la India. — Sus dictámenes. — Libertad de la prensa. — Gratitud literaria. — Segundo dictamen sobre la libertad de la prensa. — El Acta Negra. — Un *meeting* público en Calcuta. — Defensa de la política del gobierno indio. — Dictamen sobre la educación. — Macaulay presidente del Comité de Instrucción pública. — Su trabajo en el desempeño de esas funciones. — Muestras de su redacción oficial. — Resultados de sus trabajos. — Es nombrado presidente de la comisión legislativa, y recomienda la redacción de un código penal. — Aparición del código. — Comentarios de Mr. Fitzjames Stephen. — Vida privada de Macaulay en la India. — Los almuerzos de los viernes. — Nostalgia. — Calcuta y Dublín. — Partida de la India. — Cartas á Mr. Ellis, Mr. Sharp, Mr. Napier y Mr. Zacarías Macaulay.

Desde el instante en que una comisión de whigs de Falmouth, presidida por su mayor, fué á bordo á ver á Macaulay, haciendo votos por su salud en la India y por su feliz regreso á Inglaterra, no ocurrió nada que rompiese la monotonía de un fácil y rápido viaje. «La captura de un tiburón; un tiro disparado á un albatros; un marinero que cae por la escotilla y se

rompe la cabeza; un guardia marina que se emborracha y se desvergüenza con el capitán», son incidentes á que ni el más alto talento literario puede prestar el encanto de la novedad á los ojos de los lectores de una nación marina. Los viajeros de popa eran como la generalidad de los que llevan los buques de la India. «Ana le contará á usted, de seguro, la historia de toda esa buena gente, porque ella estuvo muy sociable: bailaba con los caballeros por la tarde, y leía novelas y sermones con las señoras por la mañana. Yo me limité á ser muy cortés siempre que estaba con los demás pasajeros, y tuve buen cuidado de estar con ellos lo menos posible. Excepto en las comidas, apenas cambié una palabra con un ser humano. Jamás me vi tan completamente reducido á mis propios recursos durante tanto tiempo; y tengo la satisfacción de decir que me bastó con ellos para estar alegre y ocupado. Durante todo el viaje leí con vivo y creciente placer. Devoré griego, latín, español, italiano, francés é inglés; devoré folios, cuartos, octavos y dozavos.»

El 10 de Junio el buque llegó á Madrás, y Macaulay vió la primera muestra del pueblo para quien iba á legislar en la persona de un barquero que desafiaba las olas en su almadía. «Vino á bordo sin otra cosa sobre sí que una montera amarilla de pico, y se paseó entre nosotros con una tranquilidad y prosopopeya que, unidas á su color y desnudez, casi me hicieron morir de risa.» A ese personaje siguieron pronto mensajeros de más fuste con nuevas que no eran el mejor saludo de bienvenida. Lord Guillermo Bentinck, que era el gobernador general, se veía detenido por el mal estado de su salud en Utacamund, punto de los montes Nilguiris, que hoy, de nombre al menos, es

tan familiar para los ingleses como Malvern, pero del cual sólo sabía Macaulay en 1834 por vagas referencias que andaba «por los montes de Malabar, más allá de Maisur». El estado de los asuntos públicos exigía que se reuniese el Consejo, y como el gobernador general había dejado en Bengala para sustituirle un miembro de ese cuerpo, no podía reunir el número suficiente para adoptar acuerdos hasta que llegase el nuevo colega de Inglaterra. Una citación urgente para unirse á su excelencia en los Montes puso á Macaulay en un apuro á causa de su hermana, que no podía sin peligro inaugurar su vida en aquellas regiones con un viaje de cuatrocientas millas por el interior á mediados de Junio. Felizmente, la segunda carta que abrió era del obispo Wilson, el cual exigía que los hijos de un evangélico tan eminente como el director del *Observador Cristiano*, miembros además de su antigua congregación de Bedford Row, no empezaran su vida en la India en ninguna parte más que bajo su techo. Ana, pues, continuó su viaje, é hizo su aparición en los círculos de Calcuta, teniendo el palacio del obispo por morada, y á lady Bentinck por amable y, á poco, cariñosa acompañante; mientras que su hermano se quedó en Madrás, algo consolado de la separación por hallarse en un país donde había tanto que ver, y donde era mirado por los residentes ingleses con una curiosidad igual, cuando menos, á la suya.

Durante las primeras semanas todo marchó bien. «Ya estar en tierra después de pasar tres meses en el mar es un gran cambio. ¡Pero estar en tal tierra! Las caras oscuras con turbantes blancos y túnicas flotantes; los árboles tan distintos de los nuestros; el olor mismo de la atmósfera á estufa de plantas, y la arquitectura tan extraña como la vegetación.» Cada

particularidad de ese escenario maravilloso le deleitaba por sí misma y por la multitud de asociaciones é imágenes que evocaba en su activo y rico espíritu. Las quince salvas con que fué saludado al sentar el pie en la orilla le recordaron que estaba en un país donde sólo podían existir sus compatriotas á condición de ser guerreros y gobernantes. Al hacer una visita de cortesía á un rajah ó nabab desposeído, se complacía en pensar que estaba frente á un príncipe que gobernaba en lo antiguo dominios tan vastos como los de una potencia europea de primer orden, y que no pagaba á su soberano, el Gran Mogol, más tributo que el de «cierto respeto exterior por el estilo del que solían tener los grandes duques de Borgoña para los reyes de Francia, y que ahora disfrutaba de la espléndida y lujosa insignificancia de príncipe retirado que cupo en suerte á Carlos V ó á la reina Cristina de Suecia», con una corte que conservaba las formas de la majestad real, el derecho de tener tantos pelagatos mal armados y peor pagados como pudiese reunir bajo su bandera de guardarropía, y el privilegio de «dirigir de vez en cuando una carta de pésame ó de felicitación al rey de Inglaterra, en que se llama á sí mismo buen hermano y aliado de su majestad».

Macaulay se puso en camino á menos de una semana de su llegada, viajando de noche, y descansando mientras el sol estaba en toda su fuerza. Ha consignado sus primeras impresiones del Indostán en una serie de cartas dirigidas á su hermana Margarita. La frescura y viveza de esas impresiones, el verdadero y variado interés que en él despertaba cuanto veía y oía, explican el secreto del encanto con que en tiempos posteriores supo vencer la aversión de la generalidad de los lectores á la literatura india. A Macaulay le su-

cedió al revés que esos escritores sin cuento sobre cosas indias, cuyas plumas se embotaron contra la pasiva indiferencia del público inglés: porque sus fieles y brillantes estudios sobre la historia de nuestro imperio oriental son hasta el día, sin disputa, las más populares de sus obras (1). Sin detrimento de la fama del autor, cabe citar unos pocos pasajes de una correspondencia, que es en cierto modo la materia primera de producciones que han asegurado ya su puesto entre nuestros clásicos nacionales.

«En la tarde del 17 de Junio salí de Madrás. Llevaba un acompañamiento de treinta y ocho personas. Yo iba en un palanquín y mi criado detrás en otro. Es un meztizo. El día en que emprendimos el viaje me dijo que era católico; y me añadió santiguándose, y poniendo los ojos en blanco, que se había recomendado á la protección de su santo patrón, y que tenía la completa confianza de que acabaríamos con bien nuestro viaje. Pensé en Ambrosio Llamela, el devoto criado de Gil Blas, que maquina una trama para desvalijar á su amo, y, cuando vuelve de entenderse con

(1) Cuando se han publicado separadamente los artículos sobre lord Clive y Warren Hastings, su venta ha sido casi doble que la de los artículos sobre lord Chatham, casi triple que la del artículo sobre Addison, y casi quíntuple que la del artículo sobre Byron. La gran insurrección cipaya excedió en más del doble á la venta del artículo sobre Warren Hastings, y llegó casi al triple de la alcanzada por el artículo sobre lord Clive; pero tomando los últimos veinte años juntos, ha habido poca diferencia de uno á otro. La firmeza y constancia del favor con que son mirados esos trabajos pueden apreciarse por el hecho de que, durante los cinco años transcurridos desde 1870 á 1874, su demanda, comparada con la que obtuvieron en los cinco años transcurridos desde 1865 á 1869, estuvo en la proporción de siete á tres; y con relación á la del quinquenio precedente, en la proporción de tres á uno.

sus cómplices, dice que ha estado en la catedral rezando para salir bien del viaje. Pero fui muy injusto con él; porque me he convencido de que es una persona muy honrada, que sabe las lenguas indígenas, y ajustar un gasto, y reñir á un portador negligente, y arreglar una cama y hacer un *curry*. Pero se parece tanto por dar consejos que temo que el día menos pensado me obligue á mandarle á pasear. Su nombre, que nunca oigo sin reirme, es Pedro Prim (1).

«Hice la mitad del viaje de día, y todo lo que vi en ese tiempo fué una gran desilusión. Asombra ver qué pequeña es la parte cultivada del país. Dos tercios, por lo menos, se hallaban, á mi juicio, en la situación de los terrenos comunales de Wandscourth, ó, para citar un ejemplo que entenderás mejor, de Chatmoss. Encontré tan poca gente como en las montañas de Escocia. Pero me dicen que en la India los pueblos están generalmente distantes de los caminos, y que una gran porción de la tierra que, cuando yo pasé, parecía una landa abrasada que jamás había conocido el cultivo, se cubriría de arroz después de las lluvias.»

Después de atravesar ese paisaje durante quince horas, llegó á la ciudad de Arcot, que, bajo su gestión, debía ser celebrada en todas partes como la cuna de nuestra grandeza en el Oriente.

«Fui recibido muy hospitalariamente por el capitán Smith, que mandaba la guarnición. Después de comer enviamos delante los palanquines con mi criado, y el capitán y yo dimos un paseo á caballo para ver las curiosidades de las cercanías. Me dió un caballo árabe muy manso, é hice una excursión muy grata. Pasamos por delante de un jardín anejo á la residencia del

(1) *Prim* significa en inglés «peripuesto».—N. DEL T.

nabab de la Carnática, que antiguamente tenía su corte en Arcot. El jardín ha quedado inculto, y sin duda está más hermoso así, en ese abandono. Pero jardín no es el nombre más propio. En Inglaterra se clasificaría como uno de nuestros más majestuosos parques, de los cuales se diferencia principalmente en que la mayoría de sus hermosos árboles son árboles frutales. Desde aquí fuimos á una garganta, que evocó vivamente en mi espíritu el recuerdo de Borradaile, cerca de Derwentwater; y por ese desfiladero salimos al camino y alcanzamos á los portadores.»

Y así marchaba, evocando á cada paso el recuerdo de algún lugar, de algún suceso ó persona, y duplicando de esa suerte para sí, y para la persona á quien escribía, el placer que la realidad podía depararle. Si se alojaba en la casa de campo de un recaudador, se complacía en pensar que su huésped mandaba más absolutamente y sobre una población mayor que «un duque de Sajonia Weimar ó un duque de Lucca»; y cuando tropezaba con un militar aficionado á la lectura le diputaba, «como hizo *Dominie* Sampson con otro coronel de la India, por hombre de gran erudición, teniendo en cuenta lo imperfecto de sus medios».

El 13 de Junio atravesó la frontera de Maisur, llegó á Bangalor en la mañana del 20, y allí hizo alto tres días en la casa del comandante.

«El lunes 3 me despedí del coronel Tubbon, el cual me dijo, con un entusiasmo que tuve la vanidad de creer sincero, que durante treinta años no había pasado tres días tan agradables. Caminé toda la noche, durmiendo profundamente en mi palanquín. A las cinco desperté, y vi que me esperaba un coche. Yo había dicho al coronel Cubbon que tenía muchos deseos de ver á Seringapatam. El había escrito á las

autoridades británicas de la ciudad de Maisur, y había venido de la Residencia un oficial para enseñarme todo lo que había que ver. Ahora tengo que hacer una digresión sobre la política de la India, y te advierto que, si lees lo poco que te diré de ella, sabrás sobre el asunto más que la mitad de los individuos del gabinete.»

Después de un bosquejo de la historia de Maisur durante el siglo pasado, que ocupa unas cuantas páginas, prosigue Macaulay:

«Seringapatam ha ofrecido siempre singular interés para mí. Fué teatro de los más grandes acontecimientos de la historia india. Fué residencia de los más grandes príncipes indios. Desde niño solía oír hablar de ella todos los días. Nuestro tío Colín estuvo preso aquí cuatro días, y se distinguió después en el sitio. Me acuerdo de que, en el escaparate de una tienda de Clapham, había una estampucha representando la toma de Seringapatam, ante la cual solía yo quedarme embobado, como chico, con el mayor interés. Me holgaba de tener ocasión de ver el sitio; y aunque lo que esperaba en imaginación era mucho, no vi defraudadas mis esperanzas.

«La ciudad está despoblada; pero la fortaleza, que era una de las más poderosas de la India, permanece intacta. Un río, casi tan ancho como el Támesis por Chelsea, se divide en dos brazos y rodea las murallas, por encima de las cuales se ven los blancos minaretes de una mezquita. Entramos, y lo encontramos todo silencioso y desierto. La mezquita está aún en pie, y merece estarlo; pero el palacio de Tippu es una completa ruina. Vi, sin embargo, con no pequeño interés, los respiraderos del calabozo en que estuvieron encerrados los prisioneros ingleses y la compuerta que

conduce al río, donde el duque de Wellington, entonces coronel Wellesley, encontró el cadáver de Tippu, caliente aún. Todavía se distingue perfectamente el sitio exacto por donde los soldados ingleses se abrieron camino al fuerte luchando con dificultades desesperadas. Pero, aunque sólo han transcurrido treinta y cinco años desde la caída de la ciudad, el palacio se halla en la situación de la Abadía de Tintern y de la Abadía de Melrose. Los patios, que guardan gran semejanza con los de los colegios de Oxford, están completamente invadidos de hierbajos y flores. El salón de audiencia, considerado en otro tiempo como el más hermoso de la India, conserva aún algunos escasísimos vestigios de su antigua magnificencia. Se halla sustentado por gran número de elevadas columnas de madera, que descansan en pedestales de granito negro. Esas columnas eran doradas antiguamente, y aún se vislumbra á trechos el brillo. Dentro de unos pocos años más no quedará ni la más ligera huella de esa soberbia estancia. Me sorprende que los ingleses no hayan puesto más cuidado en conservar un testimonio tan espléndido de la grandeza del vencido. No era así el modo general de proceder de lord Wellesley, y pronto vi una prueba de su gusto y liberalidad. Tippu erigió á su padre un mausoleo suntuosísimo, y unió á él una mezquita que dotó. Las construcciones se mantienen cuidadosamente á expensas de nuestro gobierno. Desde el fuerte vas paseando por una angosta senda, orlada de cuadros de flores y de cipreses, al frente del mausoleo, que es muy hermoso y muy semejante por su carácter general á la más ricamente esculpida de nuestras capillitas góticas. Dentro hay tres tumbas, todas cubiertas de magníficos paños recamados de oro con versículos del Corán. En el centro

yace Haider; á la derecha la madre de Tippu, y el mismo Tippu á la izquierda.»

Durante su estancia en Maisur, Macaulay celebró una entrevista con el rajah depuesto, cuyo aspecto exterior, conversación, palacio, muebles, joyas, soldados, elefantes, cortesanos é ídolos, pinta en una carta, destinada á leerse en familia, con una minuciosidad que autorizaría á mirarle como un Richardson anglo-indio. En la noche del 24 de Junio volvió á ponerse en marcha; y hacia el medio día siguiente empezó á subir los Nilguiris en medio de un paisaje que, para los lectores que no hubiesen visto nunca los Pirineos ó las laderas italianas de un paso alpino, comparaba á «la vegetación del bosque de Windsor ó de Blenheim tapizando los montes de Cumberland». Después de llegar á lo alto de la meseta, atravesó un yermo donde en diez y ocho millas seguidas no vió nada que se acercase más á lo humano que un mono, hasta que, al volver un recodo del camino, tuvo la grata sorpresa de descubrir un anfiteatro de verdes colinas, ciñendo un laguito cuyas márgenes estaban sembradas de *cottages* de rojos tejados en torno de una linda iglesia gótica. El sitio todo ofrecía «el aspecto de un pueblo de baños de Inglaterra. La casa mayor está ocupada por el gobernador general. Es un vasto y hermoso edificio de piedra. A él me condujeron, introduciéndome enseguida en presencia de su excelencia. Le encontré sentado á la lumbre en una biblioteca alfombrada. Me recibió con la mayor bondad, cordialidad y franqueza. Hasta donde puedo juzgar aún, es todo lo que me habían dicho, á saber: la rectitud, la sinceridad y la afabilidad personificada». Muchos meses de estrecha amistad y comunes trabajos no hicieron más que confirmar á Macaulay en esta primera opinión acerca de

lord Guillermo Bentinck. Su estima de aquel alma de singular nobleza sobrevive en la última frase del estudio sobre lord Clive, y está escrita al pie de la estatua que, dando frente á la casa consistorial, puede verse desde todas partes sobre la gran extensión de hierba que sirve de parque, de campo de maniobras y de campo de carreras de Calcuta.

A Tomás Flower Ellis.

Utacamund, 1.º de Julio de 1834.

Querido Ellis: No necesita usted coger el mapa para ver dónde esta Utacamund, porque no es sitio que ande por los mapas. Es un nuevo descubrimiento; un lugar á que acuden los europeos en busca de salud, ó como dice la servidumbre de la Compañía—¡bendita sea su cultura!—un *sanatorio*. Se halla situado á 7.000 pies de altura sobre el mar.

Mientras Londres es unas parrillas, yo estoy aquí, á 13º de latitud Norte, ante la llama de una chimenea, con las ventanas cerradas. Mi cama tiene un montón de mantas, y mis servidores negros andan tosiendo por todos lados. Un desdichado, sobre todo, parece tan aterido que, si no sale el sol, me temo que voy á ver pronto bajo mi techo el espectáculo que, según Shakespeare, es tan interesante para los ingleses (1): un indio muerto.

Hice las cuatrocientas millas que hay de aquí á Madrás á hombros de hombres. En general, fué un viaje agradable. Tuve el honor de ver al rajah de

(1) *La Tempestad*, acto II, escena 2.ª